PROBLEMATICA DE LA ENSEÑANZA DE LA LITERATURA EN LA UNIVERSIDAD NORTEAMERICANA

Por Miguel Flys
Bowling Green State Univ. (EE.UU.)

A ambos lados del océano, en los Estados Unidos y en Europa, estamos presenciando un cambio radical en la enseñanza en general y en la de las lenguas extranjeras en particular. Los nuevos métodos, no siempre mejores, reemplazan otros, viejos. En el estudio de las lenguas, el laboratorio electrónico ofrece al alumno un sustituto de comunicación directa y una oportunidad de extender la tradicional hora de clase por tiempo casi ilimitado. Programas de estudios en países extranjeros se han generalizado hasta el punto que raro es el estudiante que no haya experimentado un contacto directo con la cultura y con la lengua del país de su interés. Los antiguos métodos del estudio de la gramática, la traducción y la historia literaria fueron reemplazados por un acercamiento esencialmente práctico a la lengua extranjera.

Este último fenómeno vino a coincidir con una tendencia general hacia lo utilitario de los estudios. La facilidad de viajar, el desarrollo del comercio internacional, la creación de empresas industriales multinacionales hacen el aprendizaje de ciertas lenguas extranjeras no sólo deseable, sino necesario. La tentación de una remuneración inmediata atrae a la juventud, preocupada en estos días por su porvenir económico.

Esta situación produce, además, cambios sustanciales en las preferencias por ciertas lenguas. En los Estados Unidos, por ejemplo, el idioma tradicionalmente popular en los centros de enseñanza, el francés, fue reemplazado, y por un margen notabilísimo, por el castellano, cosa sumamente favorable a primera vista.

Este hecho, no obstante, debe preocuparnos si estudiamos las causas de este cambio. La noción general es que el francés, lengua de valor cultural, cedió ante el empuje del castellano, lengua de utilidad práctica. Quiere decir que el móvil del cambio refleja el ambiente de utilitarismo que mencionábamos antes. No se trata, pues, de la justa victoria de una cultura, mucho más identificable con el pasado histórico del país, sobre otra, menos arraigada en el ambiente vital de los Estados Unidos. Se trata sencillamente, y es doloroso confesarlo, de la victoria de una mentalidad práctica que traduce la educación a unos valores puramente económicos.

El peligro inmediato que se desprende de esta situación es la pérdida de interés en lo cultural, cuya expresión lingüística es *la literatura.*

BOLETÍN AEPE N.º 11. Miguel FLYS. PROBLEMÁTICA DE LA ENSEÑANZA DE LA LITERATURA EN LA UNIVERSIDAD N
Centro Virtual Cervantes

¿Qué soluciones se nos ofrecen?. La primera, y la más cómoda, sería olvidarnos de la literatura, concentrándonos en la enseñanza de la lengua práctica y su utilización en las situaciones concretas de la vida diaria. En otras palabras, claudicar ante la realidad de un mundo materialista y utilitario. Son muchos los educadores que defienden esta solución.

Otros, con igual insistencia, se niegan a abandonar el concepto tradicional de la educación humanista. Tal negación puede ser igualmente perniciosa; muchas veces constituye pura defensa de los intereses particulares del profesor que, sí hay que decirlo, simplemente prefiere enseñar a Unamuno y se obstina en hacerlo, aunque con esta actitud mate el interés por el estudio en el estudiante.

Los extremos son viciosos. Es imprescindible, viviendo en el mundo en que vivimos, darnos cuenta de la necesidad práctica de un idioma. El centro de enseñanza, sea secundario o superior, no puede convertirse en una torre de marfil y cerrar los ojos ante los imperativos del tiempo, con los que se identifica la juventud de hoy día.

Por otra parte, sería nefasto claudicar ante la demanda utilitarista y abandonar la tradición humanista, convirtiendo los centros de enseñanza en academias de idiomas de tipo comercial.

Se impone, pues, otra solución, tal vez la única: la de un compromiso, inteligentemente realizado. ¿En qué consiste?.

En los más de veinte años de mi experiencia didáctica en los Estados Unidos, he tenido la oportunidad de enseñar la lengua y literatura españolas a distintos niveles en la universidad e incluso, como profesor invitado por mis ex-alumnos, en los centros de segunda enseñanza. Resulta obvio que cada nivel pide una metodología diferente, ajustada al grado de conocimiento lingüístico, edad del alumno y el propósito del curso.

La escuela secundaria y los primeros dos años en la universidad hacen que el esfuerzo máximo se centre en el aprendizaje del idioma. Los niveles superiores permiten mayor dedicación a los estudios literarios.

No obstante, es preciso darse cuenta de que el interés por estudios literarios no aparece automáticamente al terminar el alumno la serie de los cursos prácticos hablados. Hace falta ir introduciéndole, ya desde el primer año, a la apreciación y disfrute de las obras literarias.

Se dirá, y con razón, que el alumno adquiere ya cierto sentido de apreciación estilística en los estudios literarios de su propia cultura. Cierto es; pero no menos cierto resulta también que muchas veces esta iniciación literaria en la lengua materna sirve más como obstáculo que como ayuda, al constituir una experiencia aburrida y forzada.

El fenómeno atañe a la lengua y a la literatura por igual. Se ha observado muchas veces, y los profesores universitarios en los Estados Unidos lo repiten constantemente, que, antes de empezar la enseñanza del idioma extranjero, hace falta cimentar los conocimientos gramaticales del alumno en su propia lengua. El alumno, que domina su lengua materna como resultado de un aprendizaje mimético que empieza en la

BOLETÍN AEPE N.º 11. Miguel FLYS. PROBLEMÁTICA DE LA ENSEÑANZA DE LA LITERATURA EN LA UNIVERSIDAD N
Centro Virtual Cervantes

infancia, tiende a ignorar y a minimizar la importancia del estudio de la estructura de su lenguaje materno, porque tal estudio no precede, sino sigue a un conocimiento efectivo, logrado ya. El posee el instrumento y puede manejarlo sin saber su por qué y cómo.

Algo parecido ocurre con el estudio de la literatura, donde la facilidad de una comprensión inmediata del lenguaje materno tiende a destruir el interés del alumno por un análisis sistemático del estilo literario. Psicológicamente, el alumno se dice: "Lo entiendo y basta" y se niega, o considera molesto, el hacer un comentario de texto.

En este sentido, el profesor de la lengua y literatura extranjeras tiene una tarea doblemente difícil: por un lado, tiene que enfrentarse con las dificultades que presenta para el alumno un idioma insuficientemente aprendido; por otro, tiene que vencer la resistencia del alumno que, sacando conclusiones de su idioma materno, considera cualquier acercamiento teórico y sistemático como molesto y aburrido.

En otras palabras, el profesor de la literatura extranjera tiene la ardua tarea de no sólo enseñar su propia asignatura, sino de rehacer los hábitos adquiridos por el alumno en el estudio de su propia herencia lingüística y literaria, y crear el interés por un estudio sistemático.

En resumen, creo que la responsabilidad del profesor de literatura extranjera es reconocer esta situación y basar sobre ella su labor docente.

Son tres los aspectos principales que hay que considerar:

1. El reconocimiento del nivel intelectual y el interés ideológico del alumno.
2. Selección apropiada de textos literarios.
3. Metodología que combina el doble fin, lingüístico y literario, en proporciones apropiadas para cada nivel.

Hemos dado por descontado el interés que el estudiante de hoy día tiene por el aprendizaje práctico del idioma. Pero sería equivocado concluir que este estudiante no posee ninguna inquietud espiritual. Al contrario, mi experiencia en los Estados Unidos demuestra que aún un alumno de segunda enseñanza siente un vivo interés por el mundo de las ideas, más acaso ahora que en otros tiempos.

En su lengua materna, él empezaba con textos infantiles y progresaba hacia los de una mayor madurez intelectual, según pasaban los años. En el idioma extranjero, por el contrario, el alumno es ya esencialmente un adulto en cuanto a su capacidad intelectual, pero niño en cuanto al dominio del lenguaje, riqueza de vocabulario, etc. Este hecho hay que reconocerlo, porque es esencial. Creo un grave error la actitud de muchos profesores que, preocupados por el problema lingüístico de los primeros años, sacrifican el nivel intelectual de los libros de texto, rebajando así la conciencia de madurez del alumno, insultando su inteligencia y destruyendo todo el interés que pueda tener. La famosa frase, "El burro es el amigo del indio", con la que empiezan muchos libros de texto, es la tumba del entusiasmo de muchos estudiantes que se quejan del infantilismo de los textos utilizados.

BOLETÍN AEPE N.º 11. Miguel FLYS. PROBLEMÁTICA DE LA ENSEÑANZA DE LA LITERATURA EN LA UNIVERSIDAD M
Centro Virtual Cervantes

Es preciso seleccionar cuidadosamente los libros de texto para que éstos, por su interés ideológico, estimulen al estudiante a superar las dificultades lingüísticas. Pueden ser textos de temas culturales, breves ensayos de temas filosóficos, políticos o sociales o cuentos que tengan algo que ofrecer a un joven adulto, más en su aspecto ideológico que puramente estilístico. Personalmente, he tenido siempre mucho éxito con textos de Unamuno ("Nada menos que todo un hombre", "San Manuel Bueno, Mártir"), Pío Baroja o breves ensayos de Azorín, Ortega y Julián Marías, aún en clases de segunda enseñanza.

El reconocimiento del nivel intelectual del alumno y la selección de textos son, pues, dos factores esenciales para estimular el interés y el entusiasmo de los alumnos.

Pero falta otro factor, acaso más importante aún, y es la utilización de un método que combina el doble fin, lingüístico y literario, en proporciones apropiadas para cada nivel.

Hemos dicho anteriormente que los primeros años deben ir dirigidos esencialmente hacia el aprendizaje del idioma. Las consideraciones ideológicas y estilísticas tienen que ocupar, pues, un lugar secundario. La labor del profesor consistirá, pues, en entablar en la clase una elementalísima conversación sobre *el argumento de la obra* en que el alumno utiliza las frases del texto o construye sus propias respuestas sobre los personajes y la acción principal.

Según avanza el nivel del conocimiento lingüístico, las preguntas del profesor buscarán una interpretación de las acciones y del significado ideológico de las obras comentadas. Más adelante, se intentará la discusión de los elementos estilísticos.

De esta manera, el estudiante, al entrar en cursos de literatura propiamente dicha, poseerá ya no sólo un conocimiento de varias obras literarias, sino también una base para desarrollar la técnica del comentario de textos. Y, sobre todo, adquirirá el interés y el entusiasmo por la herencia literaria del país extranjero.

Llegados a este nivel (generalmente el tercer año de los estudios universitarios), es preciso subrayar la esencialidad del comentario de textos, sabiamente dirigido por el profesor. Por desgracia, aún quedan numerosos reductos del pasado en que el estudio de la literatura no era otra cosa que el estudio de la historia literaria. Y más frecuente aún es el caso en que el profesor hace alarde de sus propios conocimientos, llenando la cabeza del adolescente alumno o, más bien, las páginas de sus apuntes, con una serie de ideas o conclusiones, totalmente ajenas a la experiencia del alumno tras la lectura de la obra. Cabe añadir aquí mi total desacuerdo con las recientes tendencias de enfocar el comentario de textos desde un punto de vista prefijado: sea sociológico, psicológico o de cualquier otra clase.

Tal actitud del profesor, que sirve al alumno una serie de definiciones e interpretaciones "a priori", destruye cualquier intento de originalidad y de experiencia íntima de la lectura y convierte el estudio de la literatura en una pura acumulación de datos "que hay que aprender". Muy a propósito aquí sería citar unos textos del maestro Dámaso Alonso que considera esencial ese "primer conocimiento de la obra: la del lector":

BOLETÍN AEPE N.º 11. Miguel FLYS. PROBLEMÁTICA DE LA ENSEÑANZA DE LA LITERATURA EN LA UNIVERSIDAD
Centro Virtual Cervantes

> *A ambos lados de la obra literaria hay dos intuiciones: la del autor y la del lector. La obra es registro, misterioso depósito de la primera, y dormido despertador de la segunda... Este conocimiento intuitivo que adquiere el lector de una obra literaria es inmediato, y tanto más puro cuanto menos elementos extraños se hayan interpuesto entre ambas intuiciones.*

Siguiendo la línea de las teorías damasianas, el profesor ideal, como el crítico literario, sería "un artista, transmisor, evocador de la obra, despertador de la sensibilidad de futuros gustadores", en todo caso un guía para el estudiante que le encaminase hacia el mejor disfrute de la obra literaria, sin destruir esa intuición prístina de la primera lectura. Sólo así el estudio de la literatura se convierte para el estudiante en una experiencia enriquecedora, estimulante y duradera.

BOLETÍN AEPE N.º 11. Miguel FLYS. PROBLEMÁTICA DE LA ENSEÑANZA DE LA LITERATURA EN LA UNIVERSIDAD M
Centro Virtual Cervantes